

Escarnios y blasfemias por doquiera  
resonaban en torno de aquel justo  
que lanzaba su lágrima postrera.

Era Jerusalén, ebria de gusto  
con Barrabás en hombros, y mostrando  
al excelso Señor el rostro adusto.

Cerré los ojos para abrirlos cuando  
cesó el rumor; Jesús resplandecía  
¡ay! enclavado en el madero infando....  
¿Hace ya muchos siglos?... Hace un día!



## HIMNOS SALVAJES

Á BALTAZAR MUÑOZ LUMBIER.

La sombra se disuelve en la alborada  
que resurge en el término remoto;  
gira riendo el aura perfumada  
en torno de la flor que abre su broche;  
y la pálida luna, flor de loto,  
lo cierra entre las manos de la noche.

En lívidas guirnaldas las estrellas  
del Alba alfombran el veloz camino,  
hundiéndose en el polvo de las huellas  
de la efímera diosa fugitiva;  
copia de la esperanza y del destino  
en lucha desigual y siempre viva.

Vuelca su urna de alabastro y rosa  
en la dentada sierra de Occidente,  
la festiva mañana ruborosa;  
y cae, desmenuzada en el vacío,  
una lluvia á la tierra sonriente,  
en átomos de luz y de rocío.

En el ámbito azul del firmamento  
se sonroja el celaje y se deshace  
al tibio beso del callado viento;  
se oye un crugir de seda entre las hojas,  
y el ave por los cármes se place,  
y de la zarza con las frutas rojas.

La claridad creciente parpadea,  
el sol palpita en su dorada cuna  
bajo la nube que en la cima ondea;  
y en su marco de verdes carrizales,  
la niebla tenue eriza la laguna  
entre el ebúrneo encaje de sus chales.

Los pajarillos de alas de colores  
en el aire sutil, diáfano y puro,  
abanican frenéticos las flores;  
y perfumada miel enloquecidos  
apurán en el prístino seguro,  
á los cálices de oro suspendidos.

El arroyuelo mueve su corriente  
exigua dentro el cauce pedregoso;  
y baja á ella su encornada frente  
la ronca res, mirándose en el agua,  
que se enturbia al resuello poderoso  
de su brutal respiración de fragua.

Extiende el trébol su tupida alfombra  
empapada en las lágrimas del cielo,  
al pie de la arboleda que la asombra;  
y lo refleja en su mirada esquiva,  
que no levanta del amigo suelo,  
la rumiante vacada pensativa.

Los tordos atraviesan en parvadas,  
embullangando la pradera sola  
y en caprichosas líneas desplegadas;  
alguno al lomo párase insolente  
del buey que lo fustiga con la cola,  
en corvos movimientos de serpiente.

Ya se alzan de nuevo, ya se agitan  
en parda nube ó en el manso viento  
en enorme espiral se precipitan  
sobre el maizal que en el barbecho medra,  
para huir con ímpetu violento  
de recia honda que lanzó una piedra.

Trepa bramando la desnuda loma  
el monstruo del vapor; el fuerte herraje  
resuena del convoy; y cuando doma  
la altura, estremeciendo las montañas,  
deja en el cielo el humeante encaje  
del fuego que le abrasa las entrañas.

Sacude el sol su cabellera rubia  
sobre los hombros blancos de la cumbre;  
y en las vertientes la nocturna lluvia,  
en cráteras de roca detenida,  
se evapora á los ósculos de lumbre  
del padre de la luz y de la vida.

Se perfilan los anchos horizontes,  
y lejos, en el valle de esmeralda  
que amurallan altísimos los montes,  
la ciudad desperézase en la bruma  
que se tiñe de ópalo y de gualda,  
y la distancia, en el paisaje, esfuma.

Es el aliento del titán que flota  
sobre el helado mármol de su frente  
en nube á trechos por el viento rota;  
¡jay! cargada de lágrimas y penas,  
que manchan la pureza del ambiente  
y envenenan la sangre de las venas.

La plegaria sin alas, la esperanza  
asfixiada al nacer, el voto impío,  
la ambición que persigue y que no alcanza,  
el orgullo, el amor sin valladares,  
la envidia torva de mirar sombrío  
y los ecos de báquicos cantares;

todo se ha condensado en esa nube  
que oprime á la ciudad, la pecadora  
sobre la cual el bíblico querube  
esgrime ya la centellante espada,  
mientras el bueno en el silencio implora,  
abatiendo la frente atribulada.

¡Oh trasparente azul, divino ambiente  
del libre campo que al llegar el día  
de vida esparces perdurable fuente;  
eres paz en el pecho dolorido;  
en la vivienda rústica, alegría;  
en la campiña, flor; canto en el nido!

¡Cuál se disipan en tu luz las penas  
y tus átomos ruedan misteriosos,  
rojos alentadores, por las venas!  
¡Qué hondo bienestar! Qué dulce anhelo,  
del alma, entre los rayos luminosos,  
de ser perfume y levantarse al cielo!

Es tu fulgor la espléndida sonrisa  
de la eterna bondad, la viva llama  
que se alimenta en la celeste brisa  
que las praderas místicas orea;  
la que mantiene vivo á lo que ama,  
á lo que piensa, fructifica ó crea.

¡Cómo se siente el ánimo suspenso—  
de la vida insaciable mariposa—  
de este aire azul en el cristal inmenso,  
cómo suena la gárrula espadaña,  
cómo se abre la temprana rosa,  
qué blanco el de la nieve en la montaña!

En vano la ciudad alza en la esbelta  
tallada torre el símbolo divino  
de la fe y la bondad; al viento suelta  
la maldad, los espíritus quebranta;  
la iniquidad se bebe como el vino,  
se enfanga amor y la blasfemia canta.

Allí de hinojos la ansiedad de oro  
lanzando al pie de su feral enseña  
sus torpes gritos en revuelto coro;  
aquí el amor en la quietud silvestre,  
la fe que anima, la piedad risueña,  
entonando la albórbola campestre.

¡Oh sol! así, de rayos coronado,  
cual te levantas en la cumbre altiva,  
el bien revivirá. No se ha apagado  
su diva luz en la conciencia humana. . . .  
Ya miraste á la noche fugitiva  
de la esplendente luz de esta mañana!



## BARBARA LABOR

Á MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Suena un eco  
persistente que atormenta mis oídos;  
es del golpe duro y seco  
que los pájaros esparce en la fontana,  
el del recio leñador cuyos ruidos  
interrumpen el cantar de la mañana.  
Leñador, ¿á cuál objeto la madera  
de ese árbol que era gloria de los montes  
servirá? ¿á la vida ó á la muerte? . . . .  
¡Qué follaje le prestó la primavera!

¡Cuántos pájaros de ignotos horizontes  
en el árbol joven, fuerte,  
¡ay! sus nidos suspendieron en las ramas!  
A tus golpes, leñador, huyeron todos.  
Ora, dime, ¿qué, tú no amas?  
¿Nunca fuiste  
como fronda de ilusiones  
por encima de los lodos  
de la vida breve y triste  
que así acabas con la fronda y las canciones?

Si es un mástil, leñador, para que ostente  
su escarlata guión la guerra,  
no mereces que la tierra te sustente,  
ni tu huella señalar sobre la tierra.  
Mira,  
leñador, ese árbol fué la lira  
libre y franca  
que escogió Naturaleza entre la selva;  
el invierno lo cubrió de escarcha blanca  
y el verano de hojas verdes,  
para que la gran parvada pronto vuelva.

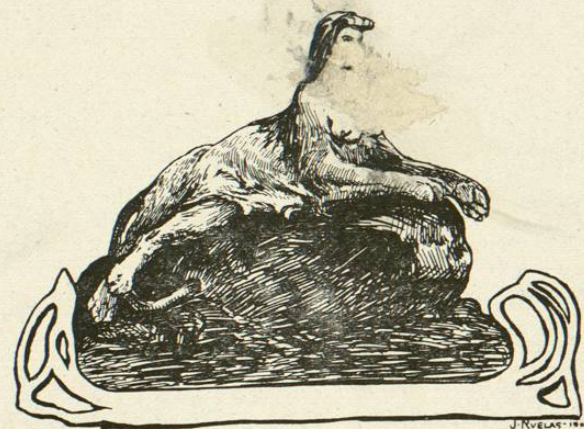
¿Por qué, dime, leñador, con tu hacha muerdes  
ese tronco que es sustento  
de las voces de las aves y del viento?  
Oh! . . . no sigas  
el cruel trabajo rudo de tu hacha;  
vé y cosecha en la llanada las espigas,  
deja el árbol á la furia de la racha.  
¡Mira! . . . Busco  
el ropaje de las selvas del Ajusco. . . .  
Si sacude el sol su lumbre,  
ó su dulce haz la luna,  
¡qué infeliz desolación en esa cumbrel!  
¿Por qué el árbol te importuna?  
¿Por qué buscas con su muerte tu fortuna?

No prosigas, leñador, tu vil tarea;  
vea  
tu estulticia singular, sin luz ni vuelo,  
cómo crece el árbol noble sobre el suelo  
para darte grata sombra en esta tierra,  
y atraer sobre los gérmenes que encierra  
toda el agua de las nébulas del cielo.

Abandona  
ese árbol que tus ímpetus encona.  
Bajo el golpe destructor con que lo hieres,  
tus afanes —ruin provecho— son prolijos.  
¿Cuáles sombras buscarán tus pobres hijos,  
con los suyos y sus débiles mujeres?  
Por la saña de tu hachazo  
ya la cima es eriazo  
que gravita sobre el alma recogida  
en un antro de tristeza.  
En tu sórdida pobreza  
vas matando hasta la vida  
de los seres porque luchas;  
¿qué tú mismo no te escuchas?  
¿y en tu espíritu no sientes  
que esos árboles dolientes,  
que se abaten á tus golpes en la sierra,  
gala son y son riqueza de la tierra?

Oh! las frondas, oh! las sombras, oh! los cantos  
de las selvas que cubrieron como mantos  
las montañas de la América; el desierto

no es tan árido, tan triste, ni está muerto,  
porque tiene sus esfinges y sus santos.



## DESEOS?

A Leopoldo Lugones, en París.

¡Oh verso Alejandrino á quien preceden pajes,  
príncipes y princesas —sedas, oros, encajes!—  
¡Oh verso Rey! que moras en palacios de Francia,  
á quien en copa heroica el rojo vino escancia  
de su sangre la Musa, coronada de estrellas,  
la Musa hermafrodita de himendocentes huellas;  
ante tu trono el Numen Americano doble  
sus jóvenes rodillas, para luchar, de roble;  
y arroje en los escaños de tu rotundo Solio  
los mirtos y las palmas del nuevo Capitolio.  
Viene de las montañas que enarminó la nieve;  
donde al fulgor del iris posó su planta leve  
la fugitiva Hada de los ensueños blancos;  
bajó de aquellos montes por los enormes flancos;

y matizando flores, perfumes, frutos, plumas,  
se desparció en las playas en ondas y en espumas.

Al recibir su ofrenda —café, copal y piña—  
ofrécele una ánfora de tu más rica viña;  
asiéntale á tu mesa, la de vajilla de oro,  
y haz que entonen tus ninfas en su loor un coro.

Empavesa tus templos, columnas, monumentos,  
con flámulas que crujan al golpe de los vientos;  
que el pueblo se desborde por las inmensas calles;  
que empenachen las fiestas las aguas de Versalles;  
ábrele tus museos, teatros y salones;  
que en imperial revista los bravos escuadrones  
despleguen á sus ojos guiones y banderas;  
enséñale tus tumbas gloriosas y severas;  
de la noche un carbunclo haz en aéreo juego  
con las gamas candentes de las fiebres del fuego;  
y repite á ese púgil como un pean las listas  
de tus héroes, tus reyes, tus sabios, tus artistas.

¡Oh verso Alejandrino! Él no es tu vasallo.  
Viene de donde fragua el Porvenir su rayo.



¡Y oh Verso Rey! Él sabe, se lo ha dicho una diosa  
(la Belleza) que pronto únicamente en prosa,  
con libertad de rima, la Santa Poesía  
se verterá en las almas, como en el cielo el día.

¡Oh Verso Rey! celebra tu postrimera fiesta;  
el Numen que ha venido dejando la floresta  
de América, te rinde su último homenaje:  
tu Rey será mañana el que ahora es tu Paje.



No trémula deshojes margaritas. . . .  
¿Qué te pueden decir de mi cariño?  
Déjalas con la pompa de su armiño  
para lecho de amor en nuestras citas.

En vano su advertencia solicitas.  
Cuando tu talle con mi brazo ciño,  
¿no las miras temblar en tu corpiño  
y caer deshojadas y marchitas?. . . .

Interroga á mis ojos, á mi boca,  
á mi tremante corazón opreso  
de amor y de placer, cuando te invoca

de la pasión en el vernal exceso,  
y sientes que la carne te sofoca  
en la furtiva inmensidad de un beso.



## AL DUQUE JOB

Brotan tus versos como la fuente  
que del Parnaso las lindes baña;  
y así fecundas con su corriente,  
la rica lengua, lengua de España.

Surge á tus dulces acentos raros  
de sus rüinas el Ateneo;  
Fidias cincela mármol de Paros,  
bajo la chispa de Prometeo.

La sangre griega bulle en las venas;  
se yergue Palas en los altares;  
y de regreso contempla Atenas  
á sus perdidos, llorados lares.

Gratas mieles rinde el Himeto,  
crece la oliva con regia pompa;